

RECENSIONES

Martin Bartelheim, Primitiva Bueno Ramírez y Michael Kunst (eds.). *Key resources and socio-cultural developments in the Iberian Chalcolithic*. RessourcenKulturen, Band 6. Eberhard Karls Universität Tübingen, 2017, 312 pp. ISBN 978-3-946552-12-3.

Cuando, *in illo tempore*, cursaba la UAB la asignatura de Arqueología Protohistórica bajo la batuta académica del profesor Maya, uno tenía la impresión de que, al llegar a las Edades de los Metales en el Sur de la Península Ibérica (las del Norte eran, en gran medida, una *terra incognita*), su estudio era un coto casi privativo de investigadores extranjeros, alemanes y anglosajones en especial, en una pauta que arrancaba desde los ya lejanos L. Siret o E. Cartailhac.

El panorama ha cambiado notablemente desde los 1980 en adelante y no —obviamente— por una cuestión nacional (-ista), con la masiva incorporación de autores peninsulares a las investigaciones sobre dicho periodo, sino —sobre todo— por la introducción de nuevos enfoques que empezarán a superar la visión empirista y atórica predominante con anterioridad: nuevas preguntas demandaban mejores técnicas de análisis y de registro, pero también reflexiones de raíz antropológica y filosófica. En concreto, demasiado a menudo, los trabajos abordando la cuestión de los recursos (materias primas, energía o mano de obra) y su empleo por las sociedades del pasado habían sido pasto de los postulados deterministas y del materialismo más craso.

Centrándonos ya en el volumen objeto de comentario, me parece muy oportuna la declaración inicial de Bartelheim y Bueno (p. 10) de que ese capital (material y humano) puede [debe, diría incluso] ser visto como la base o el medio para crear, sustentar y alterar las relaciones sociales, unidades e identidades en el marco de prácticas y creencias definidas culturalmente [...] factores intangibles como las redes sociales o aspectos culturales y religiosos también deberían ser incluidos bajo ese mismo rubro.

El libro *Key resources...* surge como resultado de la colaboración entre las Universidades de Tübinga y Alcalá de Henares y el Instituto Arqueológico Alemán en Madrid. Su objetivo, abordado en una conferencia en 2015, es analizar la naturaleza y pautas de uso de los recursos y las consecuencias que las dinámicas regionales en su gestión pudieran haber tenido en las diferencias de desarrollo socioeconómico entre las áreas meridional y central de la Península Ibérica durante el Calcolítico.

Con una excelente edición y presentación formal, en 15 capítulos se investigan sitios ya clásicos en la bibliografía, como Valencina, Alcalar o Perdiggões, junto a otros de reciente incorporación como los recintos de fosos de Azután o Loma del Real Tesoro y el lugar fortificado de São Pedro, sito en la región alentejana a diferencia del más conocido y extremeño Vilanova de São Pedro. Artículos de corte más monográfico sobre el medio ambiente, la explotación de materias primas como la sal o el uso de adornos en minerales verdes en el Tajo medio, se alternan con síntesis de mayor alcance geográfico en torno a la producción y distribución de materiales como el marfil o el ámbar. El apartado primero del libro ofrece una visión general de las principales cuestiones subyacentes al conjunto de la obra. El siguiente examina la relación entre las construcciones megalíticas y las pautas de asentamiento y explotación del territorio a partir de los trabajos ejecutados en el dolmen de Azután.

La lectura de esta obra muestra algunos *leitmotifs*, más o menos evidentes en los distintos capítulos. Uno de los más claros es la dialéctica local/exógeno, aparente tanto cuando se tratan cuestiones de orden más ideológico (*i.e.* Bueno *et al.*) como aspectos más ligados a la economía política o doméstica (*i.e.* García Sanjuán o Valera).

Ese debate es de gran interés, toda vez que —en los últimos años— la hegemonía/autonomía de lo local, tan cara a las arqueologías procesualistas, se ha visto cuestionada (quizás en exceso, en mi opinión) por una recuperación —favorecida por la aplicación de nuevas y potentes herramientas analíticas— del papel desempeñado por los contactos a larga distancia y los movimientos de grupos o individuos durante la Prehistoria reciente. *Contra* lo habitual en la aproximación histórico-cultural, la investigación actual ya no establece una rígida dicotomía entre sociedades “receptoras” de influencias o artefactos y aquellas otras más “dinámicas” que actuaban como focos emisores. Se contempla unos modelos de interacción entre los grupos humanos que toman en consideración factores como el grado mayor o menor de desigualdad social, la complejidad de los procesos económicos en cada comunidad o el acceso diferencial a ciertas materias primas o productos manufacturados.

Los datos proporcionados por el impresionante yacimiento de Humanejos (p. 81) son reveladores: por una parte no se detecta en la presencia de cuentas de color verde una discriminación por motivos de género o edad, pero a la vez los enterramientos de ciertos individuos acumulan un número superior de dichos adornos, cuya proveniencia es relativamente lejana. En concreto la variscita

procede del área de Palazuelo de las Cuevas (Zamora), en cuyas inmediaciones se observan —aún hoy— las huellas de intensas labores extractivas (Villalobos y Odriozola 2016), sobre cuyo volumen y relación espacial con otros yacimientos vecinos se ha hecho una primera aproximación (Fábregas y Rodríguez-Rellán 2017).

Las casi dos décadas de continuo trabajo y una política ambiciosa de publicaciones han convertido el espectacular conjunto de Perdigões (Alentejo) en un referente fundamental para la comprensión de muchos aspectos del Neolítico Final y Calcolítico peninsulares. No es el menor de ellos el papel de los abundantes materiales (e individuos) exógenos en la constitución y compleja secuencia de uso de un lugar monumental y monumentalizado como éste. Las reflexiones de Valera resultan particularmente oportunas cuando considera aspectos como el “valor” otorgado a los objetos exóticos y la dependencia del mismo de factores no sólo productivos (coste) sino también biográficos. En estos últimos habría jugado un papel significativo el intercambio, la circulación y las pautas de consumo de los artefactos concernidos. El carácter del yacimiento de Perdigões lo convierte en un buen terreno donde contrastar la propuesta de Valera que basa el aumento de la complejidad (que no necesariamente ni siempre la jerarquización) desde finales del IV y a lo largo del III milenio en un paralelo incremento de la interacción social, catalizadora del auge productivo, demográfico y de la desigualdad (y no a la inversa) en una serie de sociedades del Sur peninsular.

Valencina de la Concepción, el no menos extraordinario asentamiento/lugar de agregación (su magnitud y prolongada secuencia aconsejan prudencia de cara a una genérica clasificación funcional), se ha revelado en los últimos años como una fuente virtualmente inagotable de hallazgos arqueológicos que han propiciado, por fortuna, una reflexión profunda sobre su carácter y relaciones con otras realidades arqueográficas semejantes (García Sanjuán *et al.* 2013). En su capítulo correspondiente, García Sanjuán pondera el posible carácter estratégico de recursos como el oro, el cobre, el marfil o el cristal de cuarzo, presentes en varios contextos del complejo de Valencina. Terciando en el ya largo debate sobre la importancia socioeconómica del metal, este autor cuestiona —con buen criterio, en mi opinión— el peso atribuido a las labores metalúrgicas en el surgimiento de la complejidad, basándose para ello en lo limitado de la producción en términos cuantitativos, el carácter de herramientas que suelen tener los artefactos de cobre y sus contextos de procedencia (usualmente no funerarios).

García Sanjuán adopta una perspectiva más materialista (no reduccionista) que la de Valera en cuanto al papel de los objetos exóticos, en particular los que —por lo especializado de su manufactura y/o por su procedencia lejana (vg. marfil, ámbar, cristal de roca)— conllevan un valor añadido que el primero considera un vector de expresión de la complejidad social. Finalmente, en el plano subsistencial, sorprende, considerando además la ubicación de Valencina, las pocas evidencias de una explotación

agrícola desarrollada. Según el mencionado investigador se compensaría con una ganadería diversificada, donde los suidos asumen particular importancia (también simbólica) y, de forma interesante, tal vez con la presencia del caballo (una hipótesis también apuntada por Valera en algún trabajo anterior referido al sitio de Perdigões).

Esta obra colectiva explora también cómo la rígida separación doméstico/ritual (y hasta cierto punto, su plasmación espacial) era más un constructo derivado de la propia experiencia vital del arqueólogo que una realidad factual en las sociedades prehistóricas. En diversos yacimientos a lo largo del texto y, de forma más visible en Valencina, se yuxtaponen actividades de diferente naturaleza, que van de lo genéricamente ritual o funerario a tareas de producción artesanal o consumo de alimentos. No obstante en éste —como en otros sitios de prolongada diacronía— se aprecian cambios a lo largo del tiempo en la distribución, intensidad y naturaleza de las actividades desarrolladas en su interior.

Un tema recurrente en buena parte de la carrera investigadora de la coeditora de este volumen concierne al “rescate” de la prehistoria de la Meseta, cuyos supuestos vacíos atribuía —con razón— más a apriorismos y falta de trabajo sistemático que a una realidad empírica (pp. 8-9). Varios capítulos de *Key resources...* corroboran con claridad la integración del Centro peninsular (en particular de la Submeseta Sur) en las redes de intercambio y en el “mercado” ideacional, que hasta no hace mucho parecían restringidos a las áreas del sur y suroeste ibéricas.

En definitiva, este libro es una aportación interesante en términos de reflexión, desde perspectivas variadas y contextos igualmente diversos, sobre las cambiantes relaciones entre los recursos —en su sentido más lato— y la organización sociocultural de las comunidades calcolíticas de la Península Ibérica.

Fábregas Valcarce, R. y Rodríguez-Rellán, C. 2017: “Rasgos básicos de la extracción de variscita en Palazuelo de las Cuevas (Zamora)”. *Zephyrus* LXXIX: 63-79.

García Sanjuán, L.; Vargas Jiménez, J. M.; Hurtado Pérez, V.; Ruiz Moreno, T. y Cruz-Auñón Briones, R. (eds.) 2013: *El asentamiento prehistórico de Valencina de la Concepción (Sevilla): investigación y tutela en el 150 aniversario del descubrimiento de La Pastora*. Universidad de Sevilla. Sevilla.

Villalobos García, R. y Odriozola, C. 2016: “Organizing the production of variscite personal ornaments in Later Prehistoric Iberia: the mines of Aliste and the production sites of Quiruelas de Vidriales (Zamora, Spain)”. *European Journal of Archaeology* 19.4: 631-651.

Ramón Fábregas Valcarce. Grupo de Estudos para a Prehistoria do NO Iberico. Arqueoloxía, Antigüidade e Territorio (GEPN-AAT), Dpto. de Historia. Universidade de Santiago de Compostela. Praza da Universidade 1. 15782 Santiago de Compostela.
Correo e.: ramon.fabregas@usc.es
<https://orcid.org/0000-0002-7940-688>

Tiago Tomé, Marta Díaz-Zorita Bonilla, Ana Maria Silva, Claudia Cunha and Rui Boaventura (eds.). *Current Approaches to Collective Burials in the Late European Prehistory. Proceedings of the XVII UISPP World Congress (1-7 September 2014, Burgos, Spain) Volume 14/ Session A25b*, 2017, xii + 128 pp.; illustrated throughout in black & white, ISBN: 978-1-78491-721-0.

Collective burials have played an important role in European prehistoric research since archaeology's emergence as a discipline in the nineteenth century. They have been the basis of inferences such as those on religious beliefs and practices, as well as on social structures and differences, and in more recent discussions on their role in the creation and maintenance of social memories. Universal typological sequences from simple to complex monuments have been thrown into doubt by intensive radiocarbon dating programmes. New analytical techniques enable greater insights into the rituals practiced in these tombs, the formation of the deposits contained in them and the different dimensions (e.g. numbers, sex, age, genetic relationships, life histories seen through isotopic analyses, etc.) of the individuals and groups interred within them. We might also question the rigid distinction that is still made between 'collective' and 'individual' burials: for example burials made in separate containers (e.g. pits, pots), whether inside houses or in external spaces, are 'individual' in one sense but 'collective' in terms of their groupings (e.g. together in rooms/houses/external areas). Such analyses and questions combine theory and practice in interesting ways.

This volume is based on a symposium at the 2014 UISPP World Congress. It presents eleven case studies, mostly interim reports of research programmes, of collective burials from the sixth to the second millennia cal BC in the west Mediterranean (predominantly from Spain, with one each from Portugal, Sardinia and Central Italy). Emphasis is placed on the formation processes of these "collective" burials, including the reconstruction of the funerary practices from challenging fragmentary and commingled human remains, and interpretations of the size, structure, relationships and origins of the populations represented by these remains. The analytical research is generally clearly structured and presented, as is the presentation of all the volume's contents in English. The geographical and chronological distributions of the selected sites in Iberia are by no means even, with two papers devoted to different areas of Valencina de la Concepción (one on artificial cave burials and the other on below-ground structures, megalithic and non-megalithic, in the PP4-Montelirio sector) and a third on another major third millennium cal BC ditched enclosure at La Pijotilla tomb 3 (the largest number of interments in a single collective burial of the Iberian Copper Age). The remaining Spanish sites studied are Cova de Can Sadurní (fifth millennium cal BC, Begues, Barcelona), with its flexed burials tied in shrouds and possibly the presence of the oldest evidence for beer in prehistoric Europe; the Cameros megalithic group (c. 3700-1500 cal BC, Middle Ebro valley) for which skeletal remains of 92 individuals

from four tombs are analysed; the burial cave of El Espinoso (late second millennium cal BC, Asturias); the pit graves with multiple burials from three sites in Alentejo (late Neolithic to Final Bronze Age); and the GIS analysis of the spatial patterning of human remains of two burial caves of Middle-Late Neolithic date in the Nabão valley (North Ribatejo, Portugal). The Mora Cavorso cave (Lazio, Central Italy) contains some 30 individuals of the Early Neolithic, for which isotopic analyses suggest a mobile subsistence strategy, while such analyses on human and animal bone remains from the rock-cut tomb of S. Caterina di Pittinuri on the west coast of Sardinia (late fourth to early third millennia cal BC) suggest little exploitation of marine resources or dairy products, along with differences in seasonal mobility between male and female members of the community.

The dispersed nature of these papers suggests that readers with different period and geographical interests will make selective use of its contents, interesting as they all are. What is also missing (and here one must be critical of the editors) is a sense of context. There are only just over two pages of introduction, with brief, 1-2 sentence summaries of the chapters and a cursory discussion of where studies of later prehistoric collective burials are going. A weightier and more useful introduction for the reader and the contributors would have provided a more detailed account of such burials and the main approaches, both theoretical and analytical, adopted for their study in recent times. The emphasis in the introduction and in the papers is mainly on analytical methods, which is fair enough given how isotopic and genetic analyses are developing within prehistoric archaeology, but these analyses need to be situated within a wider context of their recent development in research in the West Mediterranean, let alone other areas of Europe where collective burials are studied. The focus on analysis means that there is little articulation between theory and practice (with the noticeable exception of Lai *et al.*'s discussion of gender and mobility in relation to S. Caterina di Pittinuri), and no discussion of how useful it is to have a cast iron division between "collective" and "individual" burials. A greater attention to context would have given the book more cohesion and relevance, not only to a West Mediterranean audience, but also to those English-speaking scholars whose research is not focused on the Iberian Peninsula and Italy. A more detailed introduction could also have been used to guide the contributors to situate their own work and its presentation within this broader context. Given the book's theme, I think that this is disappointing and a lost opportunity.

Bob Chapman. Dept. of Archaeology, School of Archaeology, Geography and Environmental Science, University of Reading, Whiteknights PO Box 227 Reading RG6 6AH, England.
E-mail: r.w.chapman@reading.ac.uk

Martin Ježek. *Archaeology of Touchstones. An introduction based on finds from Birka, Sweden*. Sidestone Press. Leiden, 2017, 220 pp., 47 figs., 12 tabs. ISBN: 978-90-8890-517-9 (softcover). ISBN: 978-90-8890-518-6 (hardcover). ISBN: 978-90-8890-519-3 (PDF e-book)

Las llamadas “piedras de toque” (*touchstones*) constituyen una materialidad arqueológica cuya dispersión abarca prácticamente todo el continente euroasiático y cuya cronología no se limita al periodo prehistórico sino que llega hasta época altomedieval. Esta amplitud se debe a la indefinición del propio grupo, que incluye objetos muy diversos en forma, tamaño, materia prima, y contexto de abandono, por lo que se sospechan diversos usos además del genérico de piedra de toque. Para complicar aún más la situación, otro grupo denominado “piedras de afilar” (*whetstones*), ocasionalmente descritos como alisadores o limas, se confunde y entremezcla con el anterior hasta hacerlos prácticamente intercambiables. Las características que los unifican son ciertamente imprecisas: objetos de piedra pulida, grano fino y cierta dureza, alargados u oblongos, sin aristas, que presentan una perforación en la parte superior —aunque no siempre— y suelen estar asociados a material arqueológico relacionado con la práctica de la metalurgia, si bien también se han conectado con técnicas textiles como pesas de telar o lanzaderas.

A las dificultades anteriores se añade la posibilidad de los usos múltiples, o del cambio de uso y reutilizaciones, detectado en algunas herramientas durante las primeras etapas de la metalurgia, como las famosas *cushion-stones* (piedras-almohadilla) que se utilizaron como martillos o yunques indistintamente, con analogías etnoarqueológicas conocidas (Brandherm 2000: 244; Armbruster 2006). Fenómenos, los cambios de uso y las reutilizaciones, que tienen continuidad a lo largo de la Historia para las herramientas fabricadas en otros materiales (por ej. Grau *et al.* 2008: 20-27).

La publicación de Martin Ježek recoge el estudio arqueométrico de un grupo de objetos identificados por el autor como piedras de toque, procedentes de la necrópolis del complejo arqueológico de Birka (Ekerö, Suecia), un importante centro comercial de época vikinga, fundado hacia el año 750. Pero el libro aspira a ir más allá del estudio de materiales para plantear una síntesis de referencia cuasiuniversal e intemporal sobre las piedras de toque en Eurasia. Este ambicioso objetivo solo se cumple parcialmente, aunque el libro, escrito con mucho desparpajo, consigue despertar el interés y la curiosidad del lector recurriendo, a veces, a la anécdota académica —de carácter hipercrítico— que siempre resulta refrescante. En realidad se trata de dos libros muy distintos dentro de un mismo volumen, una parte estrictamente analítica y otra discursiva e incluso especulativa, cuyo hilo conductor no siempre es fácil seguir.

El texto se ha organizado en torno a catorce capítulos, sin numeración, que nosotros hemos añadido para poder nombrarlos más fácilmente, identificados por una frase más o menos poética, aunque no siempre comprensible, alusiva a su contenido lo que no facilita la búsqueda de referencias cruzadas. Dos anexos recogen al final del libro,

primero un estudio petrográfico de la muestra analizada, firmado por Jan Zavřel y el propio autor, y en segundo lugar los resultados del estudio —una selección de muestras del total analizado— mediante microscopía electrónica de barrido y microanálisis por energía dispersiva de rayos-X (MEB- EDX) —datos numéricos, micrografías y espectros. Cierra el volumen un amplísimo aparato crítico y un índice con los lugares mencionados en el texto.

Hasta el [capítulo 9], *Analysed touchstones from Birka burials*, el autor no entra en la verdadera dimensión del problema que se puede resumir en la siguiente pregunta ¿puede la arqueometría determinar y discriminar el significado y uso de estos objetos? En principio los datos son de gran interés para el arqueólogo. La muestra está constituida por 51 objetos de piedra seleccionados en función de un examen previo mediante binoculares, orientativo sobre la posible existencia de trazas o rayaduras metálicas en superficie, que avalarían su utilización como piedras de toque. Sin entrar en la discusión de la validez del criterio, se echa en falta un mínimo aparato estadístico (porcentajes, índices de representatividad, etc) que centre y pondere la muestra. Solo se nos informa, y así hay que creerlo, que de un total de 1100 tumbas, se encontraron *whetstones* en 154, pertenecientes a todas las categorías representadas en la necrópolis —cremaciones e inhumaciones, ajuares ricos y pobres, masculinos y femeninos, etc.

Nada que objetar al uso del método analítico —MEB-EDX— para la identificación de trazas metálicas en superficie, aunque nos hubiera gustado una mayor dedicación a los metadatos, por ejemplo, sería de utilidad conocer el equipo, las condiciones de adquisición y cuantificación de los espectros. Por la misma razón, aun siendo obvio para el especialista que las micrografías están tomadas en el modo de electrones retrodispersados, una indicación al respecto ayudaría a su mejor comprensión por parte del lego. Por el contrario, son muy útiles los [capítulos 11 y 12]. El primero, *Nickel appearance* firmado por M. Holub y el autor, explica la aparición de níquel en algunas muestras, descartada en la medida de lo posible la contaminación moderna. El segundo, *On the limits of SEM analysis*, firmado por M. Holub, se explica a través de los diagramas de fases por qué un mismo trazo metálico presenta diferentes composiciones en su longitud.

El [capítulo 10], *Metals on touchstones from Birka and elsewhere*, contiene la clave para comprender el concepto de piedra de toque que se está manejando a lo largo de todo el texto, ¡después de 9 capítulos! En efecto, la definición actual según la RAE es “jaspe granoso, generalmente negro, que emplean los plateros para toque”, es decir para calibrar la pureza de un metal noble. Sin embargo, los metales detectados en las piedras analizadas van más allá del oro y la plata, que también, e incluyen metales no férricos como el mercurio, plomo, estaño, cobre, y excepcionalmente hierro, que se considera una contaminación moderna. En definitiva, más que piedras de toque habría que renombrarlas como “piedras de ensayar metales”, y reservar el “toque” tradicional para el ensayo exclusivo del oro y la plata. Consecuentemente, las piedras analizadas no se limitan a tipos de roca

de grano fino y coloración oscura, sino que hay esquistos y limolitas de varias coloraciones pardas, rojizas y verdes, que presentan a veces líneas y bandas de diferentes matices, tal y como se especifica en el anexo primero.

La primera parte del libro, [capítulos 1 a 9], recoge las reflexiones críticas del autor en torno a la trayectoria de la investigación sobre el tema desde los inicios de la Edad del Bronce hasta la Alta Edad Media. La documentación aportada, procedente mayoritariamente de contextos funerarios, es ciertamente abundante, y el material comparativo diverso y disperso. Ese afán recopilador y universalista lastra el discurso, que se sigue con dificultad, fundamentalmente porque no se atiene a ningún método, arqueológico, histórico o de otro signo; por emplear una metáfora actual, el autor parece haber volcado el contenido de su disco duro mental en un archivo sin formato. Y no por ello deja de tener interés, pues se trata de una visión más que rompedora, con afán rompedor. Por ejemplo, en el [capítulo 6], *Archaeology, myths and archaeological myths*, el autor descalifica, puesto que va más allá de la construcción de un contra-argumento que hubiese requerido contextualizar lo criticado, la interpretación de las tumbas de herreros, orfebres o comerciantes sobre la base de las herramientas especializadas introducidas en el ajuar. Según sus propias palabras: *Regardless of what Europeans in prehistoric times and the Early Middle Ages thought about the afterlife, it must have been clear to them that the deceased would not need tools, weapons, jewellery, horses, dogs or even other people* (pág. 66). A partir de esta idea construye su hipótesis de que el hecho de encontrar una piedra de toque en un ajuar funerario, no hace al difunto orfebre o calderero, lo cual puede ser verdad o no. Bajo esta coherencia, los ajuares funerarios en general, y la piedra de toque en particular, se convierten en símbolos para los vivos, no para los muertos, sin explicar el significado más allá de un indicador de alto estatus. Se incide en que el punto de inflexión lo marcaría la implantación del cristianismo en Europa que supone un corte ideológico en la trayectoria histórica. Todo esto es cuestionable por muchas razones pero fundamentalmente porque el análisis que realiza el autor descontextualiza los comportamientos sociales y económicos al tomar como unidad de análisis nada menos que todo un continente.

Este volumen, con sus luces y sombras, marcará con seguridad un antes y un después en una pequeña parcela de la investigación, dentro de la metalurgia antigua. A sus muchas cualidades, como la visión alternativa y el análisis novedoso de materiales, se une el tono provocador e hiper-crítico que hacen de su lectura un sobresalto continuo.

Armbruster, B. 2006: "Lithic technology for Bronze Age metallurgy". En B. V. Eriksen (ed.): *Lithic technology in metal using societies. Proceedings of a UISPP Workshop (Lisbon 2006)*. Jutland Archaeological Society Publications 67. Højbjerg: 9-22.

Brandherm, D. 2000: "Yunque, martillos y lo demás. Herramientas líticas en la producción metalúrgica de las Edades del Cobre y del Bronce". En V. Oliveira Jorge (ed.): *3º Congresso de Arqueologia Peninsular (Vila Real 1999)* 4: 243-252. Porto.

Gau, I.; Olmos, R. y Perea, A. 2008: "La habitación sagrada de la ciudad ibérica de La Serreta". *Archivo Español de Arqueología* 81: 5-29.

Alicia Perea. Instituto de Historia, CCHS-CSIC (jubilada). Investigadora independiente. *Au Project*. Calle Antonio Sanfiz 14. 28023 Madrid.

Correo e. alicia.perea@cchs.csic.es

<https://orcid.org/0000-0002-8002-2757>

Manuel Fernández Götz y Nico Roymans (eds.). *Conflict Archaeology. Materialities of Collective Violence from Prehistory to Late Antiquity*. Themes in Contemporary Archaeology 5. European Association of Archaeologists y Routledge. Londres y Nueva York, 2018, 236 pp. figs. c., b/n, ISBN 978-1-138-50211-6

Como indican los editores, eso que con típico *undersatement* anglosajón se denomina "Arqueología del Conflicto" (y que en realidad es casi totalmente "arqueología de la guerra", que el conflicto puede ser también laboral o de intereses, entre otras formas de antagonismo) se ha convertido en las últimas dos décadas en un campo de estudio no ya prometedor, sino firmemente establecido, con sus revistas y sus Coloquios especializados, y un peculiar atractivo para determinado público general. En realidad, no todo el mundo compartirá esta visión: hay quien considera que esta nueva 'subdisciplina' incluye también cuestiones como la arqueología de la represión política, y no está todavía bien definida epistemológicamente su relación con otros enfoques que constituyen círculos secantes, como la "arqueología militar" (que abarcaría aspectos no directamente integrados en la acción bélica, como arqueología campamental), la arqueología de las fortificaciones, o simplemente la Arqueología en sentido amplio, en la que tiene una respetable tradición de siglos el estudio de las armas en todas sus facetas (tipológica, funcional, simbólica...). En realidad los aspectos teóricos de este nuevo 'campo de estudio' están todavía en construcción y, aunque hasta ahora su juventud, y un cierto consenso en que los especialistas entienden lo que hace cada uno, han limitado la polémica, la fuerte carga de ideología política subyacente nos lleva a pensar que esta relativa paz se tornará pronto conflicto.

Este libro colectivo es una excelente muestra de la madurez que han alcanzado varios de los enfoques de la *Conflict Archaeology* (en adelante *CA*), en particular el estudio de los campos de batalla (incluyendo asedios), y el análisis antropológico de fosas comunes resultado de batallas o matanzas: doce de los diecinueve capítulos de centran en estos dos aspectos. El resto abarca el análisis de contextos rituales asociados a la actividad guerrera, estudios sobre armamento, iconografía bélica, percepción de la guerra y teoría del conflicto. Entre todos proporcionan una muestra bastante completa de las distintas facetas de la "Arqueología del Conflicto (bélico)", de su desarrollo, y del peso relativo de cada una en las modas investigadoras de los últimos años. Eso sí, el libro se concentra en el mundo antiguo, desde el Neolítico al siglo III d. C.: el lector interesado sobre arqueología de campos de batalla,

fosas comunes, armas y temas relacionados en épocas posteriores cuenta como hemos dicho con revistas específicas como *Journal of Conflict Archeology* o actas de congresos periódicos como las *Fields of Conflict Conferences*.

El primer capítulo a cargo de N. Roymans y M. Fernández Götz es mucho más que la tradicional introducción y presentación somera; de hecho es quizá el capítulo nuclear de la obra. Discute con agudeza la juventud y comparativo subdesarrollo teórico de la *CA*, reconoce sin problemas su vinculación con la distinguida tradición de la arqueología militar romana en el ámbito no anglosajón, y sobre todo proporciona una precisa serie de puntos clave metodológicos y teóricos que validan la teoría de ‘círculos secantes’ a que hemos aludido, aportando un enfoque multidimensional al estudio de la guerra desde la perspectiva arqueológica.

El grueso de los capítulos se centra en el análisis de batallas en campo abierto (Tollense, Baecula, Arausio, la destrucción de los Usipetes y Tencteros, Kalkriese, Harzhorn), asedios (Iliturgi, Numancia, Monte Bernorio, Alesia) y campamentos de campaña (Galicia, Hermeskeil) o fortificaciones (*hillforts* irlandeses u *oppida* hispanos). Es notable la elevada coincidencia metodológica entre los diversos trabajos, que apunta a una madurez procedimental ya anunciada en el Little Bighorn en 1983. Destaca la importancia de la topografía extremadamente precisa usando las nuevas panoplias analíticas (el *LIDAR* tiene un enorme futuro aquí); el análisis y la comprensión del terreno a una escala diferente a la del yacimiento ordinario y desde una perspectiva distinta a la de otras arqueologías (la visión táctica, teniendo en cuenta los tipos y alcance de armas, p. ej.); la necesidad de una evaluación muy sistemática de los procesos postdeposicionales, etc.

Estos capítulos de la *battlefield archaeology* (¿otra sub-sub-sub disciplina?, *sed non sunt multiplicanda entia praeter necessitatem*...) constituyen quizá el bloque más sugerente en conjunto, y el más novedoso, pero en absoluto oscurecen el resto de aportaciones. Los trabajos que dedican una parte de sus páginas al análisis de restos humanos mutilados aportan una necesaria y sombría inmediatez a la realidad de la guerra en muy diversos periodos, desde el Neolítico de Europa centro-Occidental (y en España casos como S. Juan *ante Porta Latinam* saltan a la mente de inmediato), a la Edad del Bronce húngara, o del espectacular conjunto de Tollense en Alemania, o a las llanuras holandesas, donde César más que derrotar masacró enemigos casi inermes.

Como se aprecia, no se trata de capítulos en categorías estancas: varios de los análisis osteológicos son prueba arqueológica del desarrollo de una batalla campal. Y del mismo modo el estudio del tremendo santuario de Ribemont se nos presenta como un *tropaion*, resultado de una batalla entre galos de la Picardía. De hecho, los aspectos simbólicos y rituales, la memoria a corto y largo plazo de la guerra, encuentran en el estudio arqueológico e iconográfico nuevos recursos intelectuales para aportar enfoques sugerentes, sea en el caso de Iberia y la Galia, sea en las marismas escandinavas.

Finalmente, los análisis de las armas, los instrumentos de la guerra, empapan la casi totalidad de los capítulos, como elementos cuya tipología y mera presencia es necesaria para certificar el contexto bélico sí, pero también simbólico. Los capítulos específicamente dedicados a contextos armamentísticos en el bronce escandinavo, o a los depósitos de *longue durée* en los contextos rituales del Thorsberger Moor o Illerup), testimonian que estos trabajos son todavía el esqueleto de la arqueología militar.

En conjunto este libro es una excelente recopilación que proporciona una puesta al día de muchos trabajos punteros en la *CA*, y una excelente base metodológica. Pero me gustaría insistir además en que, gracias al esfuerzo de los editores, y en particular de Manuel Fernández-Götz, la presencia de un componente español que suma hasta seis capítulos (un tercio) del total, desde el Neolítico a Roma, rompe de manera clara con la tradicional ignorancia anglosajona de las aportaciones que puede hacer la arqueología española a un tema dado, descuido que en la última década definitivamente ya no se puede atribuir a localismo o desidia en el esfuerzo de difusión internacional de nuestra investigación, y que se está reparando solo muy lentamente y con enorme esfuerzo. En el campo de la arqueología militar, o del conflicto, los descubrimientos en suelo español, más allá de las tradicionales referencias a Numancia vía Schulten, no pueden ser ya de ninguna manera ignorados en el resto de Europa, porque están entre los más relevantes históricamente, y más sugestivos metodológicamente, de entre los que hoy se van conociendo. El caso del campo de batalla de Baecula/Las Albahacas es sin duda el que más difusión ha alcanzado, pero los trabajos en curso en el área galaica y cantábrica, en el norte de la Meseta, en Numancia y otros muchos lugares van a cambiar —están cambiando— muchos paradigmas, por ejemplo, de la guerra en la Roma republicana y augustea.

Fernando Quesada Sanz. Dpto. Prehistoria y Arqueología. Fac. Filosofía y Letras. Universidad Autónoma de Madrid. 28049 Madrid. España.

Correo e.: fernando.quesada@uam.es
<https://orcid.org/0000-0001-8664-0989>

M.^a Luisa Cerdeño y Teresa Sagardoy Fidalgo. *La necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II – III*. Serie Arqueología y Patrimonio 11, Ediciones de La Ergástula, S. L. Madrid, 2016, 324 pp., 307 figs. ISBN 978-84-16242-18-4.

Esta obra de M.^a L. Cerdeño y T. Sagardoy da a conocer los resultados de las excavaciones en la necrópolis protohistórica de Herrería (Guadalajara) correspondientes al Bronce Final. Tiene 7 capítulos, conclusiones, bibliografía y 8 anexos.

El lugar, descubierto en 1997, es clave para desvelar los procesos culturales desarrollados en la Meseta orien-

tal en el tránsito del II al I milenio. Hasta 2005 se han excavado 800 m² de los 1500 m² de superficie estimada. Su ocupación, ininterrumpida, se ha dividido en 5 Horizontes o fases (en tabla 2) a partir del registro material y paleoecológico y de las cronologías radiocarbónicas: H. I y H. II del Bronce Final; H. III celtibérico; H. IV celtibérico y H. V tardorromano.

Al H. I se asignan 74 incineraciones secundarias en hoyo, 3 cenotafios y elementos de ofrenda. Un 77 % conservaba una estela de piedra prismática irregular. Los análisis radiocarbónicos situaron los restos en el Bronce Final II (siglo XI a. C. o XIII cal AC). El H. 2 tenía 196 tumbas de cremación y 6 inhumaciones individuales (una en cista) con ajuares y ofrendas faunísticas. Había además una incineración femenina con un neonato inhumado. A su vez el paisaje funerario renovaba la señalización, ahora con túmulos y empedrados tumulares. Las fechas C14 corresponden al Bronce Final III (siglos IX-VIII a. C. o X-IX cal AC).

Completan la secuencia 153 incineraciones de la primera Edad del Hierro (Celtibérico antiguo, siglo VIII a. C.). Los testimonios del Celtibérico pleno estaban arrasados. Cerraban la ocupación 5 inhumaciones de época tardorromana.

En la fase H. I no se han identificado las piras y solo había una incineración doble en hoyo. La mayoría de las tumbas carecía de ajuar. Consiste en bronce (en 6), sílex y cuarcita (en 9), cerámica a mano (superficial) (en 17) y cuentas de pasta vítrea. Como ofrendas predominaban las porciones de bovinos y ovicaprinos. En 12 hoyos se depositaron cantos rodados sobre los huesos quemados, al pie de la estela o al fondo de la fosa. Una estela caliza señalizaba el 76 % de las tumbas. Su orientación, heterogénea, no seguía pautas identificables hoy en día. Las estelas F, E y B estaban desvinculadas de restos humanos y, junto a la C, se dejó una hemimandíbula de bóvido. Los restos vinculados a la F se interpretan como posible cenotafio y sobre la B se grabó un heliomorfo. A, D y G se consideran restos de hogueras rituales, definidas por simples manchas cenicientas a veces rodeadas por pequeñas piedras.

La necrópolis debió crecer a partir de una estructura excepcional: un pozo relleno de piedras al que se sobrepuso la tumba 64. La cultura material de yacimientos cercanos como Fuente Estaca y la ausencia de cerámica de Cogotas I sirven para vincular Herrería con la zona vecina del Valle del Ebro. La fase H. I representa el surgimiento de la incineración en la Meseta, gracias a la llegada de nuevos grupos en el siglo XI a. C. (XIII cal AC), que, según las autoras, procederían del noreste peninsular. Sin embargo no hallan al otro lado del Ebro las formas cerámicas con perfiles bicónicos y acanalados característicos de los Campos de Urnas antiguos, catalanes y aragoneses (López Cachero 2007; Ruiz Zapatero 2007). Además, las nuevas dataciones radiocarbónicas en el noreste han mostrado que incineración y cerámica acanalada no se difunden a la vez (Capuzzo y López Cachero 2017).

El apartado dedicado a la fase II de Herrería describe las 202 tumbas y un área de ofrendas. Además del cambio citado en la señalización de las incineraciones, el 93 % de las tumbas tenía ajuar. Había metal incluso en tumbas infantiles: pulseras, aritos, varillas y laminillas de bronce (¿residuos de navajas degradadas?), y un elemento de oro. Nácar, una cuenta de ámbar y otras de pasta vítrea completan el repertorio. Entre las ofrendas se mencionan cantos rodados, ovicaprinos, bovinos y suinos, sin pautas de deposición específicas de las incineraciones o de las inhumaciones. Los 3 m de diámetro del túmulo 99, donde se enterró a una mujer joven o la presencia de bronce y ámbar en la de un neonato desvinculan el estatus del género y la edad. La diversificación de la arquitectura funeraria no sugiere ningún patrón de ubicación preestablecido.

Cerdeño y Sagardoy atribuyen la inhumación a pequeños grupos procedentes del valle medio del Ebro. Llegarían a la Meseta ya a fines del II milenio (momento de fundación de Herrería I), pero solo a partir de la fase II compartirían una pequeña parte del espacio funerario con los incineradores. Esos grupos reutilizarían las estelas y el área de culto, rica en fragmentos de vasos cerámicos a mano con superficies alisadas, bruñidas, incisas o excisas, y restos de fauna (más variados que antes). Tampoco hay piras funerarias, aunque se detecta que el combustible predominante pasa de ser pino a *Quercus*. El estado de los bronces (pulseras, anillas, una cuenta esférica, una espiral y remaches) demuestra que los difuntos se quemaban vestidos y adornados. Sus restos óseos se podían triturar y depositar en orden en una bolsa, empezando por el cráneo que quedaba en el fondo. Antes de cerrar y señalar las tumbas, depositaron objetos e hicieron hogueras sobre ellas para preparar alimentos y/o iluminar la celebración. Allí y en el área ceremonial quedaban (o se arrojaban para romperlos) los vasos pequeños y medianos usados en los ágapes. La cerámica aumentó en cantidad y variedad decorativa y entre los vasos de perfil bicónico abundaban los triángulos rellenos y las espigas acanalados de los Campos de Urnas. Las decoraciones excisas y grafitadas en solo 4 tumbas junto a los cordones y un ejemplo de escobillado sirven para inferir una mezcla entre la tradición indígena y la alóctona. En la arquitectura se impusieron los túmulos delimitados por piedras y algunos grupos de incineraciones se cubrían con “empedrados tumulares”. Se definen 5 tipos de estructuras: “túmulos circulares” (incineraciones, alguna inhumación y un caso mixto), de 1 a 4 m de diámetro con o sin estela; los “círculos de piedras” quizá túmulos deteriorados y los “túmulos rectangulares”, inhumaciones con grandes lajas que a veces tenían incineraciones adosadas. Solo la tumba 163 está en la categoría “cista grande de inhumación” y el ejemplo de “empedrado tumular” era una o dos hiladas de piedras.

Las autoras, a partir de la cronología de la fase II (980-880 a. C.), Bronce final IIIb, consideran Herrería el primer ejemplo de gran cementerio tumular meseteño. Su referente más cercano estaría en los constructores de túmulos del Bajo Aragón y en último término de la región pirenaica y prepirenaica. Insisten en el paralelismo

entre el reborde oriental de la Meseta y el del noreste peninsular y el sur francés: necrópolis muy densas, en vías de paso, con túmulos de una hilada y lajas verticales pétreas, encanchados y estelas. En todo caso, las dataciones radiocarbónicas han sido fundamentales para fechar las fases primigenias de Herrería: 15 muestras de carbones, huesos humanos quemados e inhumados (tablas 12 y 13). La mediana de las fechas calibradas a 2σ establece 4 etapas: la estructura 40, un área de huesos quemados donde se hacían ofrendas, aporta una fecha muy antigua (III milenio) y la tumba 200 otra muy desviada de lo previsto. La de la tumba 64 (1700 cal AC) se acepta, mientras las de las tumbas 56, 8 y 70 se situarían entre mediados del siglo XV y el XIV cal AC. Los individuos de las estructuras 48, 242 y 67 habrían recibido sepultura ya en el siglo XIII cal AC.

Herrería I funcionó, por tanto, durante 200 años, a fines del II milenio (1300-1000 a. C. en cronología tradicional y en 1400-1220 cal B.C. a 2σ). Se encuadra en el Bronce Final Ila-IIb y su paralelo más cercano sería San Pedro de Oncala. Herrería II, ya en el Bronce Final IIIa-IIIb, estuvo activa de 982-884 B.C. cal a 2σ , en un contexto de crecimiento poblacional. Las tumbas se duplicaron, coincidiendo con nuevos lugares de habitación como Fuente Estaca. Las autoras destacan que las altas cronologías de los yacimientos meseteños (tablas 17-19) también se dan en yacimientos catalanes y aragoneses adscritos a Campos de Urnas, un tema revisable a la luz de las últimas aportaciones de Capuzzo y López Cachero (2017).

Se reivindica el nexo entre el espacio terrestre, el celeste y la influencia de los componentes astronómicos en la construcción de espacios funerarios como Herrería. El lugar sagrado sería fundamental como cohesionador social al reposar allí los ancestros que legitimaban a sus descendientes para apropiarse del territorio circundante. La conexión con los astros parece clara para ciertas alineaciones de incineraciones de las fases I a III pero no se detecta en las inhumaciones. Las cuestiones sociales se abordan a partir del análisis espacial y de los ajuares para identificar grupos de parentesco o segmentos sociales. Los análisis de ADN han sido infructuosos pero los de isótopos muestran una interesante evolución de la dieta. En la fase I se basaba en cereales, siendo muy pobre en otros vegetales y carne roja. Pocos individuos consumían también pescado. En la fase II aumenta el consumo de carne, leche y derivados (coincide con mas restos de ovicaprinus y bovinos entre las ofrendas). Con el tiempo, se incorporaron más tipos de cereales, legumbres y frutos secos, pero la dieta femenina fue siempre más vegetariana que la masculina. Desde el primer momento la progresiva diferenciación social también se infiere de las agrupaciones de tumbas, de las pocas construcciones monumentales y de la gestión ordenada del espacio. En cambio, los inhumados ni forman un grupo espacial compacto ni muestran conexiones de parentesco. Su presencia se atribuye a alianzas matrimoniales con miembros de otros grupos foráneos que mantuvieron su rito funerario. Los depósitos de cantos rodados y ofrendas se generalizaron con el tiempo, pero el metal, la pasta

vítrea o el ámbar siguieron restringidos a una parte de los difuntos.

El cuerpo de texto se completa con estimaciones demográficas basadas en comunidades preindustriales en las altas tasas de natalidad y mortalidad en el medio rural europeo hasta el siglo XVIII y en datos históricos de la Meseta durante el siglo XIX. En Herrería el porcentaje de infantiles fallecidos antes del año sería elevado y la esperanza de vida se establece en 30 años. Los cálculos indican que un grupo inicial de 19 pobladores habría generado las 127 tumbas de H. I, en uso durante 220 años. Su buena adaptación permitiría alcanzar los 82 pobladores en H. II, traducidos en 324 tumbas en los siguientes 130 años.

Los 8 anexos finales de análisis enriquecen el libro: incineraciones por F. Gómez Bellard (póstumo); paleoantropología y paleodieta por G. Trancho y B. Robledo; macromamíferos por J. Yravedra y V. Estaca; palinología por M. B. Ruiz y M. J. Gil; análisis de maderas por P. Uzquiano; carpológico por A. M. Arnaiz; arqueoastronómico por G. Rodríguez-Caderot y M. Folguera y de la industria lítica por J. M. Maillo, C. Álvarez, I. Bilbao y M. Solano.

En definitiva, la obra da a conocer con todo detalle y la ayuda de tablas-resumen las etapas más antiguas de la necrópolis de Herrería. Hubiera facilitado la comprensión matizar algunos conceptos y términos, distinguiendo, por ejemplo, “estructuras” y verdaderas “tumbas”, así como “ajuar” propiamente dicho y “depósito funerario”, término más adecuado a nuestro parecer. El apartado de cultura material habría quedado redondeado con alguna cuantificación de la cerámica y el metal y la mejora de aspectos formales como la calidad del aparato gráfico o de ciertas planimetrías individuales de las tumbas, muy simplificadas. Se echa de menos la revisión y corrección final de los pies de figura y sus respectivas referencias en el texto, la formalización de algunas cronologías y topónimos de yacimientos mencionados en el texto, así como las citas bibliográficas. En todo caso, la obra es una aportación valiosa al conocimiento de la Protohistoria peninsular desde la vertiente de la arqueología de la muerte.

Capuzzo, G. y López Cachero, F. J. 2017: “De la inhumación a la cremación en el nordeste peninsular: cronología y sociedad”. En J. A. Barceló, I. Bogdanovic y B. Morell (eds.): *Ibercrono. Cronometrías para la Historia de la Península Ibérica (Barcelona 2016)*. CEUR-WS, Vol-2024: 192-208. <http://ceur-ws.org/Vol-2024/>

López Cachero, F. J. 2007: “Sociedad y economía durante el Bronce Final y la primera Edad del Hierro en el Noreste peninsular. Una aproximación a partir de las evidencias arqueológicas”. *Trabajos de Prehistoria* 64 (1): 99-120.

Ruiz Zapatero, G. 2007: “Morir, enterrar, recordar. Las tierras navarras durante la Edad del Hierro”. En M. A. Hurtado, F. Cañada, F. J. Sesma y J. García (eds.): *La tierra te sea leve. Arqueología de la muerte en Navarra*. Gobierno de Navarra. Pamplona: 99-113.

M. Carme Rovira Hortalà. Museu d'Arqueologia de Catalunya. Passeig de Santa Madrona 39-41. 08038 Barcelona. Correo e.: crovirah@gencat.cat
<https://orcid.org/0000-0002-6053-9361>